

# LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.<sup>a</sup> Serie.

ESTE PERIÓDICO  
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28  
y último de cada mes.

Madrid: 6 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:  
Plazuela de Santa Catalina de los Donados,  
núm. 2, cuarto bajo. Núm. 9.

## EL SR. MORET Y LA OPINION PÚBLICA

Los que aquí tenemos la honra y la delicada misión de representar las ideas y las aspiraciones del partido Nacional de Cuba, no podemos ver sin un profundo sobresalto, el sesgo que toman ciertas cuestiones, mucho más sabiendo que la dirección que se les imprime no obedece á los altos móviles que debían inspirar nuestra política ultramarina, sino sólo á intereses de bandería, al afán de obtener triunfos efímeros un partido sobre otro partido, y á satisfacciones de amor propio irritado: esto en todo tiempo no merecería mas que desdeñarlo, si la trascendencia triste de tales acontecimientos no fueran á sufrirla nuestros hermanos de Ultramar, que en estos momentos ni siquiera pueden sospechar que su suerte está pendiente de un cabello.

¿Por qué ocultarlo más tiempo? Pasan los días y pasan los meses, y lejos de hallar aquí una garantía que consolide ó afirme los progresos que en Cuba hace la pacificación, no parece sino que una ceguera general se ha apoderado de todos los que intervienen en su futuro destino, y aun protestando de sus buenas intenciones, el hecho cierto es que van comprometiendo su seguridad y alentando á los desafectos al Poder español.

Por una anomalía inexplicable é incomprensible tratándose de asuntos coloniales, hemos visto á hombres de verdadero talento prescindir de condiciones de tiempo y de lugar, confundir en su espíritu y someter á una apreciación idéntica países y sociedades completamente diversos, y llevando su error hasta el absurdo, pretender vaciar en un mismo molde lo que ni en su esencia ni en sus accidentes se prestaba á la uniformidad. Lo singular es que incurrieran en esta aberración, después de mostrarse admiradores de los políticos ingleses y norteamericanos; y desconociendo el criterio que siempre presidió en estos al legislar, se han obstinado en la aplicación de principios abstractos, incompatibles con la situación y las necesidades prácticas del pueblo que se proponen organizar.

Mientras estos errores se sostenían en teoría, y constituían una especie de política especulativa propia solo para disertaciones de academia, nadie podía temer su aplicación inmediata, y se escuchaban y toleraban como tantos otros sistemas más ó menos *escéntricos*; pero cuando ha habido quien se obstina en imponerlos á un país en su vida práctica, cuando á las resistencias legítimas de los que prevén los males que entrañan se trató de oponer la fuerza del Estado, y cuando á las protestas de los que van á ser perjudicados se opone por toda razón para que se resignen *la necesidad y la lógica* revolucionaria, la paciencia es ya imposible: no hay pueblo que sucumba voluntariamente, mientras puede evitar los golpes que lo amenazan, y así como hay una suprema ley para el Estado, que legitima todo *cuanto haga* en defensa de la sociedad que representa, así también la universalidad de los ciudadanos ha tenido siempre el derecho y el poder de defender los intereses de la colectividad, cuando se han puesto en peligro por los errores ó la ineptitud de sus gobernantes.

El principio de autoridad, tan necesario é imprescindible en toda sociedad bien organizada, no sufre la menor lesión cuando quien le representa no está á la altura de las verdaderas necesidades públicas, y compromete lo que tenía misión de defender.—Siempre que ha existido antagonismo entre el poder y las legítimas aspiraciones de los pueblos, atacados en

su manera de ser, ¿quién ha podido extrañar que el eterno *salus populi* haya determinado sus legítimas consecuencias?

No queremos seguir desenvolviendo las consecuencias que se derivan de tales premisas, para evitar que se dé una interpretación torcida á lo que no es mas que mostrar en toda su desnudez la situación violenta de un pueblo, que si ha sido bastante inquebrantable para luchar contra la adversidad, no sabemos qué nuevas pruebas le tiene deparada la suerte á su heroísmo, ni qué nuevos enemigos serán los que intenten luchar con él.

Lleno de incertidumbre, acosado por el temor de que lo que ha conquistado en el campo de batalla se lo hagan perder leyes hechas sin oírlo, ¿cómo no ha de deplorar que toda su fuerza y toda su vitalidad no basten para subyugar á un enemigo, que si no se desalienta es porque aquí no se le desahucia?

Sin quererlo, casi sin pensarlo, en todas las palabras que preceden sólo somos el eco de la prensa de España, que no se explica por qué dura la insurrección de Cuba, y se pregunta qué es lo que la alienta, cuando ya debía haberla hecho sucumbir su misma impotencia.

De todas las fracciones políticas que hoy agita la opinión, la democrática ha sido la que ha tenido el triste privilegio de poner en cuestión los intereses tradicionales de España en América; no aquellos condenados por las ideas nuevas, sino precisamente los que constituyen la esencia de nuestro poder en aquellas regiones: cuando se piensa que su misión habría sido providencial, ocupándose solo de reformar ó desterrar lo malo y conservar lo bueno de nuestra organización é instituciones coloniales, no puede verse sino con dolor profundo, que lo que se intenta es trastornar por completo la manera de ser de aquellas provincias, para imponerlas un régimen inadecuado hoy á sus circunstancias. Y si el trastorno afectara sólo su vida económica ó administrativa, casi podía disculparse el afán innovador que aqueja á los adeptos del Sr. Becerra y del Sr. Moret; pero de eso, á intentar alterar violentamente leyes y costumbres que sirven de única base á nuestro poder en las Antillas, casi hay la misma locura que en minar los cimientos de un edificio bajo el pretexto de reformarlo, pues su hundimiento sería inmediato.

Siguiendo esa marcha, es verdad que no se hundirían las Antillas bajo el mar; la feracidad de su suelo y el sol ardiente de los trópicos seguirían embelleciéndolas, pero sólo servirían entonces de sepulcro espléndido á nuestra nacionalidad, y lo que es más horrible, á nuestra raza y á la civilización que allí ha representado.

Cuando vemos que casi todos los partidos combaten esa política funesta; que aun los que van más adelante que el democrático tienen el patriotismo de *callar*, y que ese solo, hace cuestión de dogma lo que ni los ingleses ni ninguna otra potencia colonial intentó jamás, no se sabe qué admirar más, si su tenaz soberbia en arrostrar los clamores y protestas generales, si su incalificable optimismo en ver bienes en lo que todos auguran males, ó el patriotismo inmenso y *hasta ahora resignado*, de los que espuestos á ser sacrificados, aún esperan, aún suplican y aún confían en que la Providencia iluminará á nuestros gobernantes para que no contribuyan á su infortunio, y libren á la patria de tal ignominia.

¿Reformas! ¿Quién no las quiere? Hemos visto á la prensa de todos matices pedir las, pero absteniéndose de abogar por las que serían la

muerte de las Antillas. No sabemos á qué criterio obedece la pretensión de uniformar en todas las instituciones de la metrópoli con las colonias, cuando si no tuviéramos el conocimiento propio de las nuestras, los Gobiernos que nos pueden servir de maestros en tal cuestión, y que reúnen la ventaja de haber presenciado las transformaciones sociales y políticas de sus posesiones, han calificado más de una vez, por medio de sus órganos, como una demencia los propósitos de nuestra escuela radical. ¿De nada ha de servirnos la enseñanza de la historia? ¿Vale tan poco la experiencia de naciones amigas, al atravesar crisis como las que vamos atravesando?

Si esas exageraciones ó ese fanatismo de escuela tenían excusa en el Sr. Becerra, por sus circunstancias *especiales*, ¿cuál puede haber en el Sr. Moret, que con justicia pasa por ser de los más ilustrados de la fracción democrática? Sea presión de partido, sean compromisos más fuertes que *la voluntad*, sean otras causas, el hecho es que nadie se explica las afirmaciones concretas del Sr. Moret, en un periodo tan crítico para las Antillas, ni las razones que lo impulsan á ir más allá de lo que la sana prudencia le aconseja.

¿Tendremos que decir al fin que la actitud en que se coloca es una nueva amenaza para esas islas? Mucho lo tememos. En política siempre hay un motivo determinante de los sucesos ó de los actos de Gobierno, y en vano buscamos ahora el que haya precipitado al Sr. Moret en la senda en que se coloca.

Es horrible pensar que por la estéril satisfacción de herir á un partido, se esponga la conservación de una de nuestras provincias.

Tampoco es creíble que la ingerencia ó la presión de los Estados Unidos nos impongan una política en que siempre perderemos, si no resistimos al influjo de sus maquinaciones, por las consecuencias que producirá nuestra complacencia.

Miedo á los insurrectos ó temor de que no concluya la guerra, tampoco es creíble cuando el partido nacional casi ha subyugado y aniquilado la rebelión.

De todas estas hipótesis ninguna es creíble, y la opinión pública repite que sólo responde la actitud del nuevo ministro á compromisos anteriores; esto lo hace verosímil el nombre que ha circulado por todas partes como futuro subsecretario, ó oficial primero del ministerio de Ultramar. Si esto se realiza, auguramos una protesta unánime de indignación en toda la isla de Cuba.

Cuando se llega al poder, y no se deponen á su entrada las afecciones, las debilidades y otros mil lazos que embarazan al hombre de Gobierno, no esperemos política sensata y elevada, ni imparcialidad, ni rectitud, ni esa viril y estoica energía que hace anteponer la razón de Estado á todas las demás consideraciones de la vida.

Esto lo presiente ya todo el mundo, y como prueba, sólo aduciremos la inquietud y la zozobra que se ha apoderado de todos los que se ocupan en las cuestiones de Ultramar.

Nuestras aseveraciones no son inexactas: somos casi un eco de lo que al rededor nuestro oímos, y en corroboración de ello reproducimos á continuación el juicio que ha merecido al *País*, diario cuya posición en la prensa es la más imparcial é independiente, por lo mismo que no pertenece á ningún partido ni á ninguna de las banderías que luchan por adquirir influencia preponderante en el poder.

«El Sr. Moret, dice, es una inteligencia un tanto especulativa, y un orador excesivamente fluido, que

muchas veces, contra su propia voluntad de hombre de gobierno, consigna principios y hace declaraciones que sería peligrosísimo tomar al pie de la letra. En su elocuente discurso de anoche hay especies tan terribles y afirmaciones tan atrevidas, que es preciso verlas de nuevo en el extracto oficial para darlas completo asenso. ¡De tanta gravedad nos parecieron!

Que el Sr. Moret indicara, no sabemos con qué derecho, y por qué presentimientos, que la libertad *podría ser la última etapa de nuestro gobierno en América*, y que sin embargo era preciso realizar la justicia y el derecho, cosa es que llevará mañana luto al corazón de todos los buenos españoles, y más tarde sentimientos de amargura y de desesperación á los que en apartadas zonas mueren al grito santo de «Viva España».

De todos modos es lamentable que un ministro lance frases desde el banco azul, que sólo recogen regocijados los enemigos de la patria.»

Y esta opinión es la de la mayoría sensata de la nación, no la que está compuesta de hombres políticos que sólo juzgan los asuntos públicos al través del prisma de sus intereses de partido ó de sus ambiciones personales, sino del verdadero pueblo, del que paga, del que sufre y se conduce de los males de la patria, deplorando no poder remediarlos.

Cuando en la conciencia y en la memoria de todos está presente la recrudescencia que tomó la rebelión en Cuba con la política del general Dulce, ¿qué ha de pensarse ó augurarse de las ideas del Sr. Moret, si desgraciadamente llegarán á traducirse en hechos y á merecer el beneplácito de las Cortes? ¿A qué conflictos y perturbaciones no darían lugar en esa Antilla el nombramiento del subsecretario que se indica? Sería como un guante arrojado al partido nacional y la explosión de sus censuras no se haría esperar.

A pesar de que la opinión ha sido distraída un momento por el incidente del Sr. Echegaray, sin embargo, el partido progresista ha comenzado á alarmarse por el sesgo que se imprime á la política de Ultramar, habiendo ya indicado el mismo Presidente de la Cámara que el Sr. Moret pase á otro ministerio, si la crisis actual no da por resultado la salida completa del elemento democrático.

Pero esta eventualidad pende solo de circunstancias que pueden no llegar; y en tanto, se dice y se repite que los hombres más influyentes de esa fracción están asediados sin cesar por los que aquí pasan como afectos á la junta de New-York.

La desconfianza crece, y cuando lleguen á Cuba estas noticias abultadas por los temores de los que las envían, el antagonismo entre el ministro y el partido español habrá aumentado sus proporciones.

Poco, muy poco costaría convertir esa mala inteligencia en cordialidad perfecta. ¿Es tanto lo que de allí se pide? ¿Qué peligro habría para la revolución ni para la existencia del partido democrático en que se aplazara toda *innovación* hasta la cesación de la guerra?

Y aunque costara mucho esta concesión, aunque la considerara el Sr. Moret como una inconsecuencia, ¿No ha cometido otras su partido? ¿no merece esta ligera deferencia el partido nacional de Cuba, después de sus inmensos servicios?

Creeríamos humillarnos, dirigiendo como un ruego lo que constituye un perfecto derecho, en una provincia cuya seguridad puede ser comprometida de golpe con medidas imprudentes: hemos expresado lealmente los peligros, al Gobierno toca ahora conjurarlos. Un ministro puede reemplazarse fácilmente, pero una provincia no habrá nada con que sustituirla, cuando se haya perdido por torpeza ó por improvisación.



¿No llegan hasta el general Prim los clamores de Cuba? ¿Nada pueden en su ánimo las protestas reiteradas contra la política del Sr. Becerra? Y si el Sr. Moret insiste ahora en los mismos errores, ¿permanecerá impasible el presidente del Consejo?

Tengamos primero patria y después pensemos en organizarla. Amamos la libertad, y por eso mismo tememos que la hagan imposible en las Antillas, con sus impacencias insensatas, los que en su misma ceguera quizás la lleven a su ruina.

## LOS DEBATES

SOBRE LAS REFORMAS DE PUERTO-RICO.

Objeto de satisfacción profunda debe ser sin duda para cuantos defienden con nosotros la política española de las Antillas, la discusión que acerca de la oportunidad de las reformas ha tenido lugar en las Cortes Constituyentes. Oradores experimentados en las luchas parlamentarias, políticos que reúnen a la elocuencia de su palabra la gloria de un nombre ilustre en nuestra literatura, y pensadores que son maestros en cuanto existe en las ciencias sociales de profundo estudio, han tomado parte en los debates, han rebatido victoriosamente los argumentos de nuestros adversarios, ofreciendo de este modo un testimonio indudable de que cuando ya existen en un país sucesos que pueden decidir de su existencia, revoluciones que pueden causar la ruina de los fundamentos en que descansa el bienestar social, las tradiciones brotan con juvenil pujanza en los ánimos del mayor número, el prestigio de las grandes cosas borra la indiferencia de los tibios, destruye los diferentes matices en que se divide la opinión, y llega a hacerse oír en el seno de los Parlamentos.

Dichos entonces los que saben interpretar tan bien el sentimiento público; dichos los que saben acallar las exageraciones de las medianías, para hacerse intérpretes de los deseos de un gran pueblo!

Las huecas declamaciones de los partidos son estériles para dominar su voz, las alharacas liberales se pierden en la protesta del buen sentido, mientras que los que saben representar con fidelidad los temores de la opinión, haciendo público testimonio de las aspiraciones que se murmuran, alcanzan plácemes y alabanzas del agradecimiento popular.

Así sucederá seguramente a los que defendieron como buenos la política conservadora de las provincias de Ultramar; pasarán los momentos actuales en que las luchas encienden las determinaciones; es más, pasarán sus discursos a aquellos países en que los españoles olvidan sus opiniones políticas, la reproducción por la imprenta los estenderá hasta los lugares más escondidos de las Antillas, y allí, lejos de las miserias que nos preocupan, fijos sólo en la patria a que pertenecen, hallarán galantemente expresados los sentimientos que les dicte su lealtad y no podrán menos de enviar sus lauros a los que por cima de tantos intereses, de tantas pasiones mezquinas y de tantas divisiones funestas, han sabido recordar sólo que son hijos de la nación española.

Romero Robledo, Plaza, Navarro y Rodrigo, y Cánovas no hacían cuestión de partido el debate en que tomaban parte, no obraban por un interés político determinado, sino apelaban a los sentimientos generales de las Cortes, a las tendencias nacionales del país, seguros de que podía comprometer su fallo cuanto hay de más caro para las colectividades, la permanencia de su integridad.

Días pasados analizamos con minuciosidad una discusión que tan grande importancia está llamada a tener en los asuntos de las provincias ultramarinas, y más de una vez insistimos con preferencia en las equivocadas razones de los que defendieron el planteamiento inmediato de las reformas; hoy que sin embargo nos hallamos faltos de ocasión para continuar esta tarea, porque el Sr. Vázquez Oliva se limitó a decir que no estaba conforme con el voto que se discutía, porque Puerto-Rico se hallaba a 500 leguas de la isla de Cuba, argumento que, dicho sea de paso y con perdón del diputado puertorriqueño, no nos parece serio cuando tanto y tan bueno se había hablado para probar las analogías que ligan a las dos Antillas hermanas; y el Sr. Becerra, si bien hizo un discurso tan largo como descabado, se halla en condiciones tan extraordinarias, ha sufrido estos días tales castigos, y ha pasado por tales amarguras, que sería poco generoso por nuestra parte agravar su situación con las censuras de su discurso. Conste sin embargo, que notamos en él más de una inexactitud y multitud de errores gravísimos; y que si resta en la prensa algún colega que desee sacar a plaza otra vez al Sr. Becerra, tendremos mucho gusto en probar extensamente las afirmaciones que hacemos en la actualidad.

Prolijos habríamos de ser en demasía si hubiéramos de detenernos a examinar punto por punto lo dicho por los Sres. Navarro y Rodrigo y Cánovas; nutrido de doctrinas, elevado y de profunda reflexión, fué el discurso del primero abundantes testimonios ofreció del exacto conocimiento que ha adquirido de la índole especial de las Antillas y del acierto con que ha juzgado la forma en que pueden realizarse las reformas de su organización; de variada erudición, político y de una elocuencia tan espontánea como persuasiva, fué el que pronunció el segundo; se trataba de un asunto al que había llevado en otros tiempos esperanzas halagüeñas, se discutían reformas que había estudiado antes que nadie como ministro de Ultramar, y eran estos sobrados antecedentes para que el Sr. Cánovas hiciera resaltar una vez más la elevación de sus miras políticas, las tendencias separatistas de alguna parte de la población de las Antillas, y la conveniencia de proceder con cautela, si se ha de establecer soscógadamente el ejercicio de las libertades públicas.

Se extendió con este objeto en los caracteres que ofrecieron las informaciones que inició; probó que las exageradas reformas que se pidieron no indicaban más que el deseo de llegar a la independencia; consideró como el apoyo principal de la autoridad el partido español que tan heroicamente le ayuda, y a vuelta de interesantes digresiones acerca de sus doctrinas respecto a las nacionalidades, marcó las divergencias que separaban a los comisionados de Cuba y Puerto-Rico en la cuestión social, pidiendo, como el medio mejor de resolver con acierto, que se aguardara la llegada de los diputados cubanos; pero todo con un exacto conocimiento de las verdaderas necesidades de las Antillas, con un juicio político tan profundo y tan serio que nos hacía recordar la habitual frivolidad que por ahora se usa, y considerar con amargura que habían de ser infecundos unos argumentos que se dirigían a una mayoría que se fijaba apenas en esta cuestión.

Aquí concluiríamos la reseña de las sesiones que hemos analizado, si no tuviéramos que llamar la atención de nuestros lectores sobre la parte del discurso del Sr. Navarro y Rodrigo, en que se exponen las causas que produjeron la independencia de la América española. Familiarizado con estos estudios por trabajos históricos que ha publicado recientemente, analizó con sana crítica lo ocurrido en Méjico, demostrando que sólo una política imprudente ocasionó esta pérdida, y citó testimonios que confirman sobradamente que sólo inspirándose en principios conservadores podrá resolverse en principio la lucha que destruya hoy la más importante de las Antillas.

Terminados los turnos de reglamento a hora muy avanzada de la noche, habiendo ofrecido el nuevo ministro de Ultramar a los unionistas que no se votaría hasta el día siguiente, comenzaron a marcharse muchos que no se hallaron con suficiente calma para oír la terminación del discurso del Sr. Becerra. La fracción de los demócratas que son amigos del Sr. Martos, vieron en esta ausencia un motivo de triunfo sobre los unionistas y comenzaron a pedir que se votase, a pesar de las súplicas del señor Moret, que había prometido lo contrario, y del cumplimiento de ciertos hábitos parlamentarios que sólo los demócratas se esmeran en desconocer.

Todo fué inútil; sin embargo, prescindieron de la difícil situación del Sr. Moret, que anunció su salida; pidieron que se prorrogase la sesión para que hablase éste, y como hubiese quedado sólo lograron que así sucediera; la molestia que le ocasionaron sus amigos, la inesperienza de hablar desde el banco ministerial, o quizá la oposición de opiniones que se habían anunciado de antemano, dieron lugar a un discurso del nuevo ministro, que ni esperábamos ni hubiéramos deseado, y del que dimos ya cuenta en nuestro último número.

Terminado éste se comenzó la votación en la que convinieron no tomar parte aquella noche los unionistas, sin perjuicio de adherirse al día siguiente a la minoría. Fué desechado, pues, el voto particular del Sr. Romero Robledo, que pedía el aplazamiento de las reformas ultramarinas hasta la llegada de los diputados cubanos, a pesar de las razones políticas que aconsejaban su aceptación, y de la forma con que lo apoyaron personas que tan justa importancia han adquirido en las Cortes españolas. Sólo deseamos el bienestar de nuestra patria y la pronta consolidación de la paz de Cuba; mucho nos regocijaria que fuera de resultados saludables el acuerdo de la Asamblea; pero cuando vemos que se ha atendido en él, más a impresiones del momento y a exageraciones de escuela, que a los intereses permanentes del país y a las aspiraciones de aquel pueblo, no podemos menos de temer que ocasione gravísimos conflictos, y sea estéril para plantear la libertad tranquila, que hace prósperos los pueblos y duraderas las instituciones.

## EL DUALISMO INCOMPREENSIBLE

DE LA EPOCA.

Nunca nos ha sorprendido ninguna de esas evoluciones políticas que tienen lugar en la esfera del periodismo, porque siempre hemos encontrado una causa para ellas. Cuando vemos a un escritor que después de haber sostenido con tesón falsos principios ó causas injustas se pasa al campo de la razón, al instante comprendemos que ha reconocido su error y que ha descubierto la verdad hasta entonces velada para él: cuando, al contrario, abandona la defensa de las buenas doctrinas y del derecho, para formar en las filas de los que hacen la guerra a los que antes eran sus compañeros y auxiliares, nos explicamos su conducta como resultado de una alucinación, de la presión de influencias más ó menos poderosas ó de engaños que han logrado conducirlo a un cambio en sus ideas.

Posible es que el partidario de un sistema venga a ser adversario de él; esto sucede con frecuencia, y de ello tienen ejemplos a la vista cada día los que se dedican a la vida política en estos tiempos de fluctuaciones y de inseguridad en todo.

Pero lo que es raro, lo que tiene que causar admiración, lo que nos asombra y asombra también, sin duda alguna, a todos los que lo presenciaban, es que a la vez se sostengan opuestas opiniones, distintos pareceres, intereses que son antagonistas.—Ese dualismo tiene que sorprender a muchos y no es comprensible sino a los que poseen la facultad de no encontrar en él inconsecuencia ó a los que descubren en esa contradicción lo que llaman altas combinaciones políticas que no entiende ó que no ve la generalidad.

Estas reflexiones han venido a nuestra mente al leer los dos artículos que ha publicado la Epoca el día 2 del corriente, uno en pos de otro; el primero abundando en ideas conservadoras de la nacionalidad española en Cuba; el segundo, conteniendo ideas que desalentarían a todos los hombres leales que allí residen, si su fuerza de voluntad pudiera debilitarse por la expresión de inadmisibles proyectos sobre la suerte futura de esas tierras.

Hagamos la síntesis de ambos escritos, para que nuestros lectores juzguen las diferentes tendencias de ellos y aprecien en lo que valgan sus conceptos y nuestras apreciaciones.

Según el uno, el Sr. Cánovas, en su elocuente discurso ante el Congreso, en pró del voto particular del Sr. Romero Robledo pidiendo la suspensión del debate sobre la Constitución proyectada para Puerto-Rico, ha manifestado con claridad el error con que algunos quieren jugar al azar la fortuna de nuestra nacionalidad; ha puesto de relieve el hecho más característico y más incuestionable de la polémica, el de que las reformas, tal como han sido proyectadas y se están preparando, son muy del agrado de los que con las armas en la mano, se están batiendo contra nuestra patria, así como provocan el disgusto de los que heroicamente han sacrificado su fortuna y vierten su sangre al grito de viva España!

Dice La Epoca en ese artículo, que si feliz estuvo el orador en probar la analogía de condiciones entre Cuba y Puerto-Rico, y la necesaria influencia que la Constitución de sésta ha de ejercer sobre los asuntos de aquella, no menos lo estuvo al tratar otra idea que se halla latente en el fondo de muchas de las declaraciones que estos días estamos oyendo y leyendo: la de que todas las colonias se emancipan más ó menos pronto, y agrega ese periódico que para justificar los abusos que se defienden por los radicales, parten estos en sus raciocinios, del supuesto que consideran incuestionable, de que España ha de perder irremisiblemente a Cuba.

La Epoca, como lo recuerda, «ha tratado ya en anteriores días de combatir tan funesto error, sosteniendo que las dos Antillas son los territorios más prósperos, más sólidamente constituidos de todos los que en América se hallan ocupados por nuestra raza, «que no son comparables con ellas las colonias que en el Atlántico poseen Inglaterra, Francia, Holanda, Dinamarca, etc., y que «no hay derecho para afirmar que España no tiene condiciones para sostener su bandera en tierra americana.»

Según el segundo artículo del mismo diario, agitanse en España dos ideas absolutas, y como absolutas falsas, respecto de Cuba. Una es la de que las cuestiones de esa isla, no tienen más solución que el abandono por nuestro país de los derechos legítimos que tiene sobre las Antillas, haciéndose ese abandono inmediatamente con desprecio del honor, de los intereses y de los derechos de la patria común. Es la otra, considerar a esa isla como una colonia de esclavos que hay que explotar hasta el fin, sosteniendo que en ninguna eventualidad puede España desprenderse de sus posesiones de América, y que antes de consentir en tan ignominioso abandono, podría con justicia, atraer sobre ellas catástrofes más terribles que las de Hayti y Santo Domingo.

Apreciando La Epoca como falsas ambas ideas, consigna que su política está igualmente distante de esas tendencias absolutas; que no lleva el culto de la filantropía hasta sacrificarle el patriotismo y los intereses legítimos y permanentes de la nación; pero que perteneciendo a este siglo y a esta era, no opone obstáculos que serían bien pequeños, con una ciega resistencia a las soluciones que guarda el porvenir; y pretende que la voluntad explícita y solemne de los pueblos sea la sanción más firme, como es la más legítima de nuestro derecho.

Quiere ese periódico que no vacilemos ante una sublección que no reconoce título alguno de legitimidad, y que coincide justamente con la perspectiva de grandes reformas sociales, administrativas y políticas ofrecidas por la revolución a las provincias de Ultramar: que se adopte el único partido que una nación que no quiere abdicar en el mando puede y debe tomar, la lucha hasta sacar a salvo derechos que nadie ha puesto en duda y el honor de su bandera.

Colocándose luego La Epoca al lado del Diario de Barcelona, espresa que a este no le faltaba algún fundamento en las opiniones que emitió y que, dice, no han sido bien examinadas; y concluye, después de varias consideraciones, recomendando que pacificada que sea la isla, España debe aplicar a la solución de la cuestión política los principios que hoy prevalecen en el mundo, que se encierren en consultar la voluntad del pueblo, en un plebiscito de los habitantes.

Tales son esos dos artículos de espíritu y de intenciones tan opuestas. En el primero reina la doctrina que todos los corazones leales, que todas las inteligencias rectas siguen: en el segundo, en medio de un dedalo de contradicciones, se pide que se sometan a la sanción de nuestros enemigos DERECHOS QUE NADIE HA PUESTO EN DUDA, y se reconoce a los que han desolado el seno de la patria, perpetrando los mayores atentados contra su existencia, la facultad de resolver en una cuestión nacional, la facultad que les hemos negado con la fuerza, aceptando la lucha a que nos provocaron, COMO ÚNICO PARTIDO QUE UNA NACIÓN, QUE NO QUIERE ABDICAR EN EL MUNDO, PUEDE Y DEBE TOMAR.

¿Qué sentimiento ha inspirado el último de esos dos escritos? No lo comprendemos; no queremos comprenderlo.

¿Y dónde, cuándo, qué pueblo, qué gobierno pensó nunca en degradarse al extremo de poner los títulos sagrados de la nación al examen, a la sanción, como se dice torpemente, de los traidores?

A la muerte de Fernando VII un partido fuerte y numeroso pretendió coronar a D. Carlos de Borbon, negando el derecho al trono a la huérfana designada como heredera por aquel monarca; ¿se sometió a un plebiscito en las provincias que alzaron el pendón del pretendiente esos derechos allí disputados? ¿Por qué no se hizo? ¿Había accedido el resto de la nación a que aquella porción del territorio se desmembrase proclamando por rey al hermano de Fernando VII, si la mayoría de los habitantes allá así lo deseaba?

En la última sublección de la India contra el poder inglés, cuando la innumerable población de aquellas extensas comarcas reivindicaba su independencia, ¿acaso la Gran Bretaña, esa tierra clásica de la libertad, como aún se la denomina, consultó la voluntad de sus súbditos rebeldes para someter sus derechos a la decisión de la mayoría?

Hoy mismo, esa propia nación que sujeta a la Irlanda oprimida, ¿provoca plebiscitos y busca por ventura la sanción de los títulos de que se dice revestida para mantener unida al imperio británico la verde Erin, esa tierra en que cada uno y todos los naturales quieren emanciparse de la dominación inglesa?

La Rusia, que ha sostenido una guerra costosa, sangrienta y dilatada con sus provincias del Cáucaso, ¿consultó por ventura la opinión de los caucasienses para mantenerlos formando parte del imperio?

Los Estados-Unidos, esa república modelo, que a cada paso se nos cita y presenta como ejemplo para los pueblos libres, en su reciente guerra con los estados soberanos, ¿quisieron separarse de la federación y constituirse en nación independiente, ¿procuró alcanzar, acaso, en la voluntad de los confederados la sanción de sus derechos, ó durante la lucha ó después de ésta la indagó alguna vez, para saber si esos pueblos estaban conformes ó no con su nacionalidad?

Reservado nos estaba ser más americanos que los norte-americanos, y más enemigos de España que sus mayores enemigos, podemos decir al leer tantos proyectos como vienen haciéndose para llegar al deseado extremo de destruir la importancia y el prestigio de nuestra patria en América, al paso que aumentáramos el poder y la grandeza de una raza que es rival de la nuestra y cuyas aspiraciones son dominar sola y absoluta en el Nuevo Mundo.

Y decimos más norte-americanos que los norte-americanos, porque se apura la intelligen-



cia y se pone en tortura la inventiva para fraguar planes, medios, caminos, razones, excusas que el provecho de aquellos produzcan. Y para lograrlo no sólo apelamos á prácticas inaplicables en casos como el nuestro; no sólo formulamos doctrinas de todos desconocidas, sino que contradecimos las que los estadistas y el gobierno de esa república proclamaron en la guerra con sus Estados del Sur.

«Nosotros no podemos ceder una pulgada de nuestro territorio á un poder extranjero y menos á la confederación del Sur», exclamaba «Everett, en la cámara de la república Norteamericana. ¿Lo haría algún gobierno del mundo, á menos que se le obligase á ello por la fuerza? ¿No mantiene Francia un ejército en Argel para impedir que las tribus árabes pretendan hacerse independientes? ¿No apuró sus recursos Inglaterra para que los reinos de la India no recobrasen su soberanía? Entonces, ¿cómo se pretende que abandonemos una parte integrante de los Estados-Unidos?»

A los que reclamaban el derecho de separación, contestaba la república alegando el mejor derecho de la existencia nacional; la justicia, decía el gobierno de Washington, está de nuestra parte, la voluntad vuestra nada importa ante la voluntad de la nación.

El presidente Jackson decía en su mensaje al Congreso norteamericano: «El derecho de los habitantes de un Estado de separarse á su placer, no puede ser reconocido. Decir que un Estado puede segregarse por su voluntad, equivale á declarar que los Estados-Unidos no son una nación.»

«Si llevais vuestras teorías separatistas á Washington, contestó el mismo Jackson al célebre Calhoun, os haré ahorcar.»

Pero sea la opinión de uno de los más ardientes republicanos de estos tiempos, la que contesta á *La Epoca*.

«Atacar la unidad nacional es un crimen en la capital de los Estados-Unidos como en París.» «La Suiza es una confederación; si mañana Ginebra ó el Tessin quisieran separarse de ella, ¿se creerá que la Suiza no mantendría su nacionalidad á cañonazos?»

«Ese nuevo derecho, el derecho de rebelión, continúa el mismo escritor, puede traducirse así: «Toda provincia, toda fracción del pueblo tiene el derecho de abandonar el Estado, de que hace parte, en el día y á la hora que le convenga. Para justificar su conducta, le basta una mayoría local, más ó menos numerosa, aunque sea una minoría al frente de la nación: resistirse á la separación es una tiranía.»

«Eso es monstruoso! prosigue. Si toda minoría descontenta tiene el derecho de separarse, ¿adónde se detendrá ese desmoronamiento, ese desmigajamiento de una nación? ¿Por qué las provincias no podrán separarse de los Estados? ¿Por qué las ciudades no podrán separarse de las provincias? Una vez reconocido ese sistema por la jurisprudencia política, ¿quién puede decir adónde se detendrán esos principios disolventes?»

Pues si esas son las reglas legales en todos los países y observándolas no faltan estos á la justicia, ¿por qué España ha de ser la que, humillando su dignidad ante una rebelión que no reconoce título alguno de legitimidad, se presente en la barra de los acusados, constituyendo á los traidores jueces de sus derechos?

Para descender así en la escala del honor, ha aglomerado el patriotismo español aquí y en Cuba, esfuerzos sobre esfuerzos, sacrificios sobre sacrificios, abnegación sobre abnegación!

*La Epoca* ha olvidado que sería un quijotismo ridículo ahogar la rebelión de Cuba para hacerla luego árbitra de los destinos y de los intereses de la patria.

Sensible nos es en este y en el subsecuente artículo que dedicaremos á ese periódico, tener que expresarnos con la severidad que reclama el dualismo incomprensible de su conducta, porque á ello nos obliga la circunstancia de ser *La Epoca* un diario de mucha circulación, de mucho crédito, redactado con mucha maestría, y en el que debiera siempre presidir un criterio ajustado á la razón.

Y sensible nos es también recordar que ya otra vez, separándose esa publicación de las doctrinas que venía sosteniendo en cuanto se relacionaba con los asuntos de Cuba, nos obligó á refutar sus ideas sobre la intervención que defendía de los Estados-Unidos en nuestras cuestiones interiores. Si entonces, cuando alegando muy débiles razones se lanzó á aconsejar que admitiésemos, cuando no pudiésemos, la mediación de aquella república para que influyendo con los cubanos rebeldes depusieran estos las armas, nos sorprendió el abrupto de quien había sido de los primeros en solevantar la indignación general contra esa intervención propuesta por una insidiosa política, hoy nuevamente tiene que despertarnos y alarmarnos la variación repentina, ó al menos el injustificable error de ese papel.

¿A qué lado se dirige *La Epoca* en las dificultades que hoy existen en Cuba? ¿Al del partido completa y francamente español, al del

descubiertamente traidor, ó al del separatismo hipócrita y vergonzante? Al primero, sin duda alguna, por más que el extravío del momento, el error en las apreciaciones, ó la equivocación en un pensamiento se advierta en su segundo artículo del 2 de Abril.

La luz se hace, ha dicho *El Universal*, antes de ayer; porque *El Universal*, que ha propuesto la venta de la isla, no ha podido dejar de batir palmas al leer el desgraciado artículo de nuestro colega. Las tinieblas disminuyen la claridad en ciertas regiones, contestamos nosotros, fluctuando en la duda respecto de las intenciones de algunos escritores: y mientras vacilamos en nuestros juicios y mientras no se desvanecen para nosotros las sospechas que á nuestro pesar brotan en nuestra mente á la presencia de algunos hechos que van ocurriendo, no podemos menos de exclamar con toda la energía de nuestra alma, recordando aquellas palabras del Divino Maestro: el que no está conmigo está contra mí: á un lado ó al otro cuantos en las cuestiones de Cuba tomen parte más ó menos activa; con nosotros todos los que no titubeen, todos los que sean verdaderos españoles; contra nosotros cuantos subordinen á sus simpatías la dignidad y el poder de España en el Nuevo Mundo.

Si somos los de menos valer entre aquellos, somos los primeros en oponernos con inagotable fuerza de voluntad á las tendencias y á los errores de los últimos.

Debemos al *Sufragio Universal* una respuesta y vamos á dársela:

Al ocuparnos del artículo de ese periódico, en que se pedía que el Sr. Becerra separase de sus destinos á los empleados, que allí se designaban, incurrimos en una equivocación, que no implica malicia de nuestra parte, por lo mismo que tan fácil es comprobarla, ó conocerla, consultando la firma del indicado escrito. ¿Qué intención pudiéramos haber llevado al decir *D. José M. Jorro* en lugar de *Don M. Jorro*? Ninguna. Si la supone en nosotros el director del *Sufragio*, se ha equivocado á su vez; y no afirmamos, sino que decimos, si la supone, y esto sin embargo de que por el espíritu de su sueldo pudiera creerse otra cosa. Pero dejando eso á un lado, que es particular bien insignificante, y después de advertir que nosotros no nos ocupamos de polémicas personales, sino de cuestiones que se relacionan con las Antillas, le diremos hoy con más franqueza, que no es justo ni conveniente á los intereses públicos pedir la destitución de funcionarios que cumplan con sus deberes, por no sernos simpáticos, considerados individualmente; que el general Caballero de Rodas no ha tenido que transigir con partidarios algunos del régimen absolutista en Cuba; que no basta abrigar desagrado hacia estas ó las otras personas para lanzar sobre ellas acusaciones, sin pruebas en que apoyaras; y que del mismo modo que nosotros, así como todos los verdaderos españoles, pediríamos la separación del mando del actual Gobernador de la isla y la aplaudiríamos, cuando se desviara de la marcha enérgica que debe seguir para con los traidores en Cuba, siéndonos indiferente la elección de sucesor, con tal que éste cumpla con esa obligación, del mismo modo lamentaremos hoy y siempre ese continuo cambio de personal, que ocupa á tantos escritores y á tantos hombres políticos, al extremo de ser las cuestiones pertenecientes á la causa pública entre nosotros, cuestiones de provecho particular y de haberse convertido á la nación en un campo de Agramante en que cada combatiente quiere una parte del botín, representada por un empleo.

Por lo que hace á lo de no darse posesión á algunos, nombrados para ciertos puestos de Ultramar, lejos de merecer censura ese sistema, en la inmensa mayoría de los casos ha conseguido el aplauso y la aprobación general en Cuba, no sólo ahora sino siempre; porque ha sucedido eso con personas cuya idoneidad ó cuyas circunstancias en momentos dados no eran las más apropiadas, ni estaban de acuerdo con lo que exige la mejor seguridad del país.

Sobre la recogida de los periódicos que desde la Península se remiten á la isla, vemos que no reconoce el *Sufragio Universal* la oportunidad y la conveniencia de la medida. Bastante daño han causado allí las hojas incendiarias que los separatistas han hecho circular creando un espíritu de rebelión contra España, para que se consienta que ciertos papeles defensores de la insurrección, ó que al menos la excusaban, prodigando al mismo tiempo calumnias acusaciones al partido español, vayan á encandecer el sentimiento de antagonismo contra la nacionalidad en los tibios y á desmoralizar (si esto fuera posible) el de fidelidad en los leales.

Del periódico *El Tiempo*, tomamos el siguiente artículo:

#### LOS FILIBUSTEROS.

«No son, seguramente, los peores, de esa raza abominable, los rebeldes que, con las armas en la mano, acechan traidoramente á nuestros heroicos

soldados, y si por casualidad cogen alguno con vida, se entretienen en martirizarlo con infernal alegría.

Tampoco lo son aquellos que, establecidos en las ciudades de la Unión americana, inventan contra España todo género de calumnias, cantan como victorias las cobardes huidas de los secuaces de Céspedes, y asesinan á nuestros hermanos al pasar por aquellas costas, cuando se encuentran veinte contra uno.

No; mucho peores que todos ellos, y mucho más peligrosos para nuestra nacionalidad, son aquellos miserables que, como insectos invisibles, tenemos á nuestro lado, sin percibirnos de ello; aquellos que moran bajo nuestro mismo techo, para asestarnos golpes más certeros; aquellos, en fin, que se insinúan, con mentida benevolencia, en nuestra intimidad, envenenando el aire que debemos respirar, para trastornar nuestra razón, exaltar nuestra fantasía, exagerar nuestros odios y precipitar en el abismo de la ruina y de la deshonra, á cuyos bordes la han conducido ya, la gran patria de Colon y de Isabel la Católica.

Si esto no traspasase del seno mismo de las familias y de todas las reuniones públicas y privadas de la sociedad madrileña, la sesión de anoche bastaría para patentizarlo.

La revolución de Setiembre tenía una gran mancha que borrar: la de haber recibido auxilios, en la conspiración, de aquellos mismos simpatizadores que, según la expresión del Sr. Cánovas en la sesión de anoche, presentaban conclusiones imposibles y que conducían siempre á la separación, como resultado de la información de 1865, con tanta generosidad ideada, según S. S., pero con tanta impremeditación concedida, si hemos de atender á las lecciones de la experiencia y del buen sentido.

El Sr. Cánovas estuvo anoche elocuente y enérgico al hablar para alusiones personales: «Veníamos primero, decía, y después podremos ser generosos; hoy no podemos abandonar á nuestros hermanos, ni podemos conceder los exagerados derechos políticos de nuestra Constitución á los traidores; oigamos sobre todo antes á los diputados de Cuba.»

Como resabio de escuela, como cuestión de amor propio de partido, no pudo S. S. dejar de lamentar el abandono de Santo Domingo. Más justo hubiera sido si hubiese lamentado su anexion y nuestro establecimiento en aquella isla.

El Sr. Becerra quiso terminar, como diputado, su interrumpido discurso ministerial, y no se contentó con defender el proyecto, pues combatió las limitaciones que establece, renegando de su propia obra, en gracia del mal humor que le aqueja, y de las inspiraciones que recibía del Sr. Coronel y Ortiz, única persona que le acompaña, desde que dejó el poder, porque lo tuvo por conveniente, según ha dicho á la Cámara.

Por lo demás, se disculpó de su famoso decreto de Pinar del Río, con que la disposición, que ha dejado sin efecto, no era del Tribunal de Cuentas, sino de una autoridad de Hacienda de la Habana; y terminó diciendo que si Argüelles y demás progresistas no habían querido estas reformas, era porque no estaban á la altura democrática de su época, y que en vano los unionistas, resistiéndolas, tratarán de quitarse el sambenito revolucionario, que llevarán mientras vivan, ni podrán desentenderse de promesas internacionales, de que es buen testigo el Sr. Valera.

Pero esta narración, en la cual, como en todo lo vulgar, hay alguna verdad de todos conocida, mezclada con muchos errores, fué larga, pesada y descompuesta, terminando á más de media noche; y los unionistas que, á juzgar por sus trages, estaban de fiesta, obtuvieron del Sr. Moret la promesa de que dejaría su discurso para hoy, marchándose de allí con una confianza que no dice mucho en favor de su habilidad parlamentaria.

Entonces se sucedieron escenas imposibles de describir ni de explicar, como no sea por esa fatal atmósfera en que los filibusteros nos envuelven y nos envenenan.

El Sr. Moret quiso cumplir su palabra dejando para hoy el discurso: los intransigentes se opusieron con gritos y ademanes. El secretario preguntó á la Cámara, que pareció en su mayoría acceder, en votación ordinaria, y así se publicó; pero hubo protestas, y el presidente, Montesino, no mantuvo el acuerdo. El nuevo ministro, solo en el banco, donde sus compañeros le habían abandonado, habló de *dimisión*: la mayoría no quería que tuviese la fugaz vida de la mariposa, pero tampoco quiso ceder. Entonces el Sr. Moret abandonó su puesto, y nadie se entendió durante mucho tiempo.

Ovejas sin pastor, escolares sin maestro, progresistas sin Prim, en una palabra; y difícilmente pueden figurarse nuestros lectores el aspecto de la Cámara. ¿Qué vértigo privaba de razón á la mesa, al ministro y á la mayoría?

Por fin, abrazado, y como conducido por la fuerza hercúlea del Sr. Rodríguez, y otros amigos, volvió el Sr. Moret al terciopelo azul, á condición de que antes de volver, en esta misma sesión, se le había de escuchar su discurso, cosa que no se podía evitar, ni nadie le había negado. Así, se puso, sin embargo, á votación, después de una violenta protesta del Sr. Cánovas, que dijo que los ausentes serían víctimas de no sé qué (son sus palabras), y de haber hablado el Sr. Robledo de la buena fe con que se procedía.

Al llegar aquí, lamentamos de nuevo la falta de exactitud del *Extracto oficial de las Sesiones*, que no señala los movimientos de la Asamblea; pero se verá que no exageramos, cuando el, hoy ministerialísimo, *Imparcial*, pone esta nota: «Momentos de confusión y falta de inteligencia en la Cámara.»

Ochenta y nueve radicales contra 55 unionistas y carlistas, determinaron que se oyera al ministro—¡hubiera estado bueno que dijese que no!—y se votase después; es decir, que votaron la sesión permanente.

Se oyó al ministro, y en verdad que valiera más no haberle oído: ha sido un discurso de la Academia de Jurisprudencia, ó de cualquiera otra de esas reuniones, en las cuales la pubertad hace gala de esos discursos poéticos, hijos de la exaltación y de la inesperienza; discursos que podrán ser generosos, pero que no son nunca prácticos ni de gobierno. ¡Desgracia es, por cierto, llegar demasiado temprano, llegar en flor, allí donde se exigen frutos en toda madurez! Y esta desgracia acompaña al Sr. Moret.

«La libertad en Cuba como en España, eso quiere el ministro novel, y ya una vez dimisionario: á la libertad tienen derecho los simpatizadores, y si odian á España, es porque no se la ha dado. También nosotros, decía, la hemos conquistado; y no hacen mas que seguir nuestro ejemplo. Hombre de partido soy, y todo lo sacrifico á sus principios.»

Esta era la voz secreta que le acusaba de sacrificar, en aquel momento, nuestras posesiones de Ultramar, que, por lo demás, debíamos perder según nos dijo.

Conque ya lo sabeis, heroicos defensores de nuestra raza y de nuestra honra, habeis defendido una causa injusta: el Gobierno de vuestra patria lo declara así, y la Cámara revolucionaria le aplaude.

Padres, que allí perdisteis vuestros hijos; huérfanos de Castañón y de tantos otros; provincias del litoral cantábrico, en las cuales no hay una familia que no haya presentado uno de sus individuos en holocausto del honor nacional, ya lo sabeis: vuestra causa no era la causa de la nacionalidad y del derecho; porque no le teniais para negar á vuestros enemigos lo que os pedían con la punta de sus puñales parricidas.

Cierto que el Presidente, Ruiz Zorrilla, no estaba anoche presente, ni el general Prim, ni el Señor Sagasta, ni el Sr. Montero Rios, ni siquiera el Sr. Beranger.

Cierto que sólo el demócrata Rivero y el desatentado Figuerola votaron en el banco azul con el nuevo ministro; pero éste ha debido inspirarse, y se habrá inspirado en efecto, en el espíritu general del Gabinete.

Desearíamos que así no fuese, en bien de la patria, que difícilmente sobrevivirá en América á las heridas que anoche se le han inferido; para curarlas ya no bastaría ni el sacrificio del señor Moret.

Los Estados Unidos han hecho bien en no insistir en la compra: la libertad, tal como la entienden nuestros revolucionarios, les dará gratis en aquellas islas los cadáveres de nuestros hermanos y las ruinas de inmensas riquezas.

El voto particular fué desechado por 103 contra 13.

#### UNA CARTA MERECEDA.

Con el mayor gusto insertamos la carta que han dirigido multitud de personas importantes de Barcelona al Sr. Romero Robledo, por la actitud que ha observado respecto á las reformas de las provincias ultramarinas, y por la elocuencia con que ha sabido interpretar los sentimientos de cuantos desean se conserve entre nosotros la integridad del territorio.

Reproducimos, pues, íntegro este documento, que creemos harto justificativo para apreciar el juicio que merece á los que conocen las Antillas, la conducta seguida por el Gobierno.

«Sr. Director del *Diario de Barcelona*.

«Los que suscriben, por sí, y haciéndose fieles intérpretes de los leales españoles que en la isla de Cuba defienden con sin igual heroísmo la integridad nacional, no pueden menos de felicitar y felicitar con toda la fuerza de sus sentimientos patrióticos al diputado señor Romero Robledo, por el brillantísimo discurso que há pocos días pronunció en las Cortes Constituyentes, combatiendo el proyecto de Constitución para Puerto-Rico, obstinadamente propuesto por el señor ministro de Ultramar.

«Inspirado el Sr. Romero Robledo en el mismo sentimiento nacional que domina á los voluntarios de Cuba, expuso de la manera más clara y evidente los graves peligros á que se exponía la defensa de aquel importante territorio, si durante la lucha encarnizada que en él se sostiene, llegaran á establecerse en su vecina isla de Puerto-Rico esas violentas reformas que de tiempo antiguo vienen pidiendo constantemente los encubiertos enemigos de nuestra nacionalidad, sin otro designio que el de conseguir con ellas la pérdida para España de aquellas importantes provincias ultramarinas, único resto de nuestras glorias pasadas.

«Es necesario hallarse completamente dominado por una político-manía para desear de buena fé los sólidos argumentos que estableció el orador, demostrando harto elocuentemente los inconvenientes que hoy se oponen al planteamiento de las reformas contenidas en la mencionada Constitución.



«No debe olvidarse que ya el general Dulce planteó incautamente iguales ó parecidas reformas, llegando á ofrecer á los habitantes de Cuba «el gobierno del país por el país» y que no bien dió al público su programa con el lema de «olvido de lo pasado y esperanza en el porvenir», los principales caudillos de la insurrección, los mismos que en los Estados-Unidos componen hoy la Junta revolucionaria y redactaban entonces en la Habana el periódico titulado *La Verdad*, aprovechándose de la situación liberalísima que acababa de inaugurar el general Dulce, publicaron en dicho periódico un artículo que llevaba por epígrafe «Fuera careta» en el cual declararon sin rebozo «que nada absolutamente querían de España ni con España, y puesto que había llegado la hora de espresar la verdad desnuda, manifestaban solemnemente que estaban dispuestos á no aceptar nada que no fuera la independencia absoluta de la isla.»

Consecuentes con esta arrogante declaración, que precisamente debió mortificar á dicho general, aprovecharon el período funesto de libertades que este les dió para extender la insurrección por las Cinco Villas, hasta entonces pacíficas y adictas á nuestro gobierno, llevando su audacia hasta el punto de proclamar la independencia en medio de una función que prepararon al efecto en el teatro de Villanueva y presidió el rebelde Bramosio.

«No debe olvidarse tampoco que estos mismos, verdaderos directores de la rebelión, habiendo venido dos años antes á Madrid en calidad de comisionados por la isla de Cuba para la información que abrió el gobierno, se limitaban á pedir reformas liberales protestando de su adhesión á la madre patria; y ya hemos visto sin embargo como correspondieron después á las concesiones que les hizo la revolución de setiembre.

«Es un error lamentable suponer que existan hoy en Cuba partidos, ni diversidad de miras entre aquellos leales españoles.—Si partidos pueden llamarse, allí no hay más que dos: el de los buenos hijos de España insulares y peninsulares, que derraman su sangre defendiendo la honra nacional, y el de los ingratos y traidores que aspiran á separarse de la madre patria, apelando para conseguirlo, y á falta de otros medios, á la total destrucción del país. Este es el que hipócritamente se aprovecha del incierto rumbo de nuestra política, para alcanzar los elementos preparatorios del plan inicuo que se propone.

«A nadie puede ocultarse que una vez establecidas las reformas que in tempestivamente se proyectan para Puerto-Rico, acudirían presurosos á esta isla los laborantes que hoy conspiran esparcidos por varios puntos, con objeto de subvertirla, logrando de este modo distraer las fuerzas de Cuba y reanimar acaso la insurrección que en estos momentos agoniza.

«Abrigamos la consoladora esperanza, y por eso felicitamos ardentemente al Sr. Romero Robledo, de que si no todos la mayor parte de nuestros diputados, inspirándose sobre todo en su acendrado patriotismo, se opondrán al planteamiento por ahora de la Constitución de Puerto Rico, dejando aplazada dicha reforma para ocasión más oportuna.

«Téngase entendido que los españoles leales de Cuba son tan amantes de las reformas liberales como puede serlo el mismo ministro de Ultramar; pero su buen sentido les hace comprender, en vista de los peligros de que se ven amenazados, que antes es vencer que reformar.

«Mas si desgraciadamente el espíritu de escuela, haciéndose sordo á la voz de la razón y de la conveniencia general, llevara su obstinación hasta el punto de dejar satisfechos los deseos del señor ministro de Ultramar, no por eso los españoles de Cuba abandonarían aquel territorio: seguros estamos de que han de seguir luchando con el mismo ardor y decisión que hasta aquí, dispuestos á dejar en lid tan sangrienta recuerdos no menos gloriosos que los de Sagunto y Numancia; y cuando todo se haya perdido, si algunos sobreviven á la total ruina de aquel país, ellos se encargarán de presentarse al Sr. Becerra para decirle: «aquí teneis la llave de aquella envidiable perla de las Antillas convertida hoy por vuestra causa en escombros y cenizas.»

«Reciba, pues, el Sr. Romero Robledo nuestro humilde parabien, y prosiga en su patriótica tarea con el celo y ardor con que lo viene haciendo, seguro de que si hoy recibe las bendiciones de todos los buenos españoles, mañana le señalará una gloriosa página en la historia la patria agradecida.

«Barcelona 31 de Marzo de 1870. — Siguen las firmas.

Ayer se decía en la Sala de Conferencias, que el Sr. Moret había ofrecido la subsecretaría de Ultramar al Sr. D. Nicolás Azcárate, y ante la negativa de éste había indicado al señor Escoriza.

#### UNA INVENCIÓN MUY ÚTIL.

El viernes 8 del corriente, á las cuatro y media de la tarde, tendrá lugar en la Montaña del Príncipe Pío el ensayo de la bomba química para extinguir incendios, y respecto de la cual recomendamos al público que concurra á presenciar esa prueba. Esa invención de altísima utilidad, ha merecido en la Habana la recomendación de las autoridades y aquí habrá de obtener también la aceptación general.

Uno de nuestros colegas aboga por que se nombren *comisarios* parlamentarios que vayan á las Antillas y puedan informar al Gobierno sobre sus verdaderas necesidades.—Un procedimiento más eficaz, más barato y más fácil tiene el Gobierno para saber la verdad de la situación; convoque los diputados de Cuba, y ellos, por razón natural, vendrán con una copia de datos y noticias, y con más perfecto conocimiento de aquel país; que todos los *comisarios* que de aquí pueden enviarse, por muy privilegiada inteligencia que tuvieran, no les sería tan fácil enterarse de todo, como á los que llevan una larga residencia.

Además, el costo y los sueldos de los comi-

sarios serán para el Tesoro un gravamen innecesario.

Un periódico republicano, *El Sufragio Universal*, se lamenta de los *disgustos* que á algunos empleados de aduanas, en Cuba, están causando las comisiones interventoras de comerciantes, y truená contra la ingerencia de estos, á pesar de haber dado por resultado aumento doble y hasta triple en las arcas del Tesoro. Cuando toda la prensa ha tributado elogios unánimes á este *nuevo método* de recaudación y á los honrados comerciantes que están sacrificando su tiempo para que el Erario no siga defraudado, como antes, es singular que los empleados *descontentos* tengan ya quien abogó por ellos.—Si son honrados, ¿qué puede importarle la fiscalización de otros hombres honrados? El que tiene limpia su conciencia no debe incomodarse porque el Estado tome precauciones generales, que seguramente no han de alcanzarle si cumple todos sus deberes.

Desengáñese nuestro colega; todas sus lamentaciones irán á estrellarse ante los resultados prácticos que han dado esas comisiones que tanto le molestan, y ni habrá ministro, cualquiera que sea, que tome en serio sus razones, ni obtendrán otra acogida en Cuba que una *maliciosa* sonrisa de los que conocen el pasado y el presente de ciertas oficinas que ya no volverán á ser una Jauja para algunos felices mortales. Aquellos deliciosos tiempos de marras pasaron para no volver, y ya pocos volverán á padecer de la vista en el ejercicio de sus funciones.

Además es una insigne simpleza tachar al comerciante de buena fé, que se esfuerza en que otros no medren con la defraudación: si su interés está en no sufrir los perjuicios que puede irrogarle la concurrencia de otros comerciantes que expendan los géneros más baratos por no haber pagado derechos; si su fiscalización es una defensa de su legítimo derecho, á que todo el comercio esté bajo un pié igual, también defiende las rentas del Estado, y por tanto hay un interés recíproco en la gestión de estas comisiones. Por otra parte, el déficit en las recaudaciones había de gravar al fin al contribuyente de buena fé, que para las urgencias del Tesoro tendría que suplir lo que en él dejaba de entrar por defraudaciones de otros.

Pero lo más extraño es que no se quejen de la tarea que voluntariamente se han impuesto esos comerciantes para quienes *el tiempo es dinero*, y que además no tienen remuneración alguna, y en cambio vengamos á oír las lamentaciones de empleados que tienen muy buenos sueldos, tan solo porque los contribuyentes se permiten la *pequeña libertad* de procurar que todo el mundo pague lo que debe al Estado, y se prestan á conllevar la carga de esos laboriosos empleados.

Créanos *El Sufragio*; hay asuntos de los cuales no debía tratarse, pues una sola voz de protesta contra lo que ha merecido aplauso general, induce á sospechar que no es el interés público lo que la inspira. Lo que consta, lo que ha llenado de asombro á los mismos detractores, incansables de todo lo que en Cuba merece respeto, es que unos hombres inculcados de sostenedores de todos los abusos y todas las inmoralidades, hayan tomado la iniciativa en la moralización de la administración económica de la isla de Cuba, y estén con su conducta siendo una protesta elocuente contra la insidiosa mala fé de los enemigos del nombre español en América.

#### DOCUMENTO PARLAMENTARIO

(Continuación.)

No quiero hablar de otras cuestiones emanadas del Ministerio de Ultramar, porque estas cuestiones son relativamente menudas y pequeñas cuando se trata de la cuestión vital de organización definitiva de las Antillas, y entro de lleno en la cuestión.

Es, Sres. Diputados, un hecho dolorosamente repetido en la historia del siglo actual, y por lo repetido debió ser previsto por la situación que se levantó triunfante después de la batalla de Alcolea, que á tempestades, revoluciones y movimientos que estallan en la Península, corresponden revoluciones, movimientos y tempestades que estallan en nuestras posesiones de América para procurar su independencia. Así sucedió en el comienzo de este siglo cuando la insurrección cundió en contra nuestra desde el hemisferio austral al boreal, desde la costa de la Plata y de Chile hasta el Norte de Méjico. Así sucedió el año 20, cuando, pacificada casi por completo aquella insurrección, tuvo lugar la rebelión de las Cabezas, de San Juan; ocasión triste para la emancipación de las Américas, lo mismo al Norte que al Sur. Así también se verificó en los infaustos días de la guerra civil, cuando el general Lorenzo quiso seguir las huellas del sargento García en la Granja pidiendo el restablecimiento de la Constitución del año 12, y el general Tacón ahogó con la fuerza aquel movimiento sedicioso.

Ahora bien: si este era un hecho dolorosamente repetido en nuestra historia, ¿por qué no se tuvo en cuenta por la situación que se levantaba triunfante después de Alcolea? ¿Cómo no se envió allí al mejor de los generales victoriosos acompañado de una brillante división, sacada por igual de los dos bizarros ejércitos que tan heroicamente lucharon en Alcolea? Ya sé yo que es una villana calumnia lo de suponer que había dos conspiraciones que se correspondían paralelamente, que se daban la mano: la conspiración de España y la de Cuba; ya sé yo que es villana calumnia lo de las gruesas sumas adelantadas á los generales que derribaron á Isabel II;

¿pero no sabíamos todos el fenómeno histórico de que antes me he ocupado? ¿No sabíamos todos también que era escasa la guarnición de Cuba? ¿Por qué no se envió allí un nuevo capitán general y una división? ¿Por qué no se hizo lo que en 1854, que fué enviar instantáneamente un nuevo capitán general para precaver, para evitar eventualidades dolorosas? ¡Ah, señores! Si esto se hubiera ejecutado en todo el mes de Octubre de 1868, la insurrección de Cuba se hubiera ahogado al nacer; no habría tomado las proporciones que después ha tomado; no tendría las proporciones que aún hoy mismo tiene: se habría ahorrado mucha sangre y mucho dinero, se habrían evitado conflictos internacionales, y ¿quién sabe, quién sabe si otros resultados más tristes para la Patria que como final consecuencia hemos de recoger de esa lucha infame y parricidal!

Yo sé, yo no sé por qué cometieron ese error los hombres de la revolución de Setiembre, del cual no les ha de absolver la historia en ningún caso, á no ser que fuera con el propósito de realizar un nombramiento que, en mi concepto, era cometer otro error más grave, otro error más capital, el de enviar á Cuba al general Dulce.

Señores Diputados, yo he tratado siempre con gran respeto al general Dulce cuando vivía; no esperéis que muerto ultraje su memoria. Conocía su gran carácter, su patriotismo, su integridad, su heroísmo y magnánimo valor, cualidades que no son tan comunes en nuestro país, y que brillan más, por lo mismo que son raras, en épocas de decadencia. Pero con ser todo esto, el general Dulce era el menos á propósito para mandar en Cuba una vez estallada la insurrección. ¿Por qué? Porque el general Dulce era ya un muerto cadáver, y el clima de los trópicos había de ser mortal para su convalecencia; porque no podía atender á las multiplicadas y perentorias atenciones de su difícil cargo; porque era objeto de grandes prevenciones en el elemento peninsular; porque la mayor parte de sus amigos estaban entre los filibusteros; y, señores, ¿por qué no lo he de decir? porque se decía públicamente que hasta desde suyos tenían simpatías, cuando no compromisos, con los filibusteros y laborantes. Yo tuve el valor de decirselo; yo le dije: «mi general, alguien puede creer que Vd. sobre en España, que Vd. hace falta en Cuba. Yo, por el contrario, creo que Vd. sobre en Cuba, que Vd. hace falta en España.»

El general Dulce tenía un vago presentimiento de la situación por que había de pasar en Cuba, repugnaba el ir á Cuba; pero le rodearon altas y poderosas influencias, se le hizo comprender que de él dependía la pacificación de Cuba, la pacificación de la perla de nuestras Antillas; y como el general Dulce era todo patriotismo, aceptó y fué á Cuba. Yo no quiero hablar de su último mando en aquella Antilla: yo únicamente lamentaré la catástrofe que lo arrancó de ella, catástrofe que debió ser prevista, catástrofe que ha herido gravemente el principio de autoridad en Cuba, catástrofe que habrá acelerado sin duda la muerte del ilustre y valeroso general, sin cuyo auxilio, sin cuya ayuda, la revolución de Setiembre, ó no habría venido tan pronto, ó habría quizás abortado.

Pero de todos modos, aún con el error de no haber enviado en todo el mes de Octubre de 1868 un general á las Antillas, una brillante división para reforzar la escasa guarnición de Cuba, había una fortuna; y era la de que, al frente del ministerio de Ultramar estaba un ilustre joven, que, sobre no ser sospechoso en nada á la revolución de Setiembre, que sobre no poder ser sospechoso en nada á la revolución de Setiembre, tenía la inteligencia y el patriotismo que acompañó al actual ministro de Ultramar, pero sobre él una gran ventaja: la ventaja de no ser una amenaza á los intereses conservadores de Cuba, con cuyo patriótico é inteligente auxilio se salva la gran Antilla, ó no se salva de ninguna manera.

Señores diputados, los hombres no son en su vida pública lo que quieren en algunos momentos determinados de ella: aunque modifiquen sus opiniones, sobre ellos pesa su vida anterior, sus compromisos anteriores, sus antecedentes; y aunque modifiquen sus opiniones, como he dicho, los compromisos y antecedentes de su vida pública anterior sobre ellos pesan con fatalidad inexorable.

En este momento histórico que atravesamos, yo confío que el Sr. Sagasta haya sido reemplazado en el ministerio de la Gobernación por el Sr. Rivero; yo concebía que el día de mañana, si el Sr. Rivero se gastase, si el Sr. Rivero, en vez de ser el llamado á constituir aquí una gran mayoría, una mayoría gubernamental monárquico-democrática, monárquico-liberal, fuese el destinado fatalmente á disolverla y pulverizarla, conceibo, si este fenómeno tuviese lugar el día de mañana, que fuese reemplazado el Sr. Rivero en el banco azul, en el Ministerio de la Gobernación por el Sr. Sagasta ó por la dignísima persona que ocupa aquel sitio (*señalando el de la presidencia*); pero no concebía que fuese reemplazado el Sr. Rivero por el Sr. Ríos Rosas ó por el señor Posada Herrera, bien que entrambos hombres de Estado estén comprometidos con el actual orden de cosas, bien que hayan elaborado la Constitución, bien que tengan comprometida hasta su existencia con la revolución de Setiembre. ¿Sabeis por qué no concebía esto? Porque aunque el Sr. Ríos Rosas y el Sr. Posada Herrera tienen estas cualidades, tienen estas prendas, tienen estas garantías para la libertad, sobre ellos pesaría su vida anterior, su vida conservadora anterior, sus antecedentes conservadores, y las medidas más liberales que adoptasen serían tachadas de reaccionarias por los elementos que dan más calor y que tienen más cariño á esta situación, y ellos mismos serían objeto de desconfianzas, de resistencias, y quién sabe si producirían una verdadera revolución.

Pues bien, de la misma manera, yo no concebía que ocupe el Sr. Becerra el Ministerio de Ultramar, donde se necesita una persona de antecedentes poco radicales, poco, que no sean tan revolucionarios. Ya sé yo que el Sr. Becerra es monárquico definitivo; ya sé yo que el Sr. Becerra ha defendido energicamente la conciliación, hasta el punto de hacerla, creo no estar equivocado, no sé si tengo buenas noticias, condición de su existencia en ese banco; pero á pesar de eso, para los que no conocen al Sr. Becerra, aparece como tipo del ultra-radicalismo, y así sus medidas más conservadoras son objeto de desconfianza por parte de los conservadores de las Antillas, y quién sabe si será objeto de hostilidad, y quién sabe si determinará una revolución de consecuencias irreparables para la Patria.

Así pues, si el Sr. Becerra, en cualquier otro departamento ministerial, podía servir á la revolución de Setiembre, porque yo no puedo negar su talento, su patriotismo; si podía prestar en otro departamento ministerial grandes servicios á la revolución de Setiembre, en ese departamento es un peligro, es una amenaza constante para las Antillas y para los grandes intereses, para los intereses permanentes de la patria.

Y así ha dado la organización que ha dado á su secretaría; así tiene á su lado á una persona notable por su ilustración, por su talento, pero que viniendo á la situación monárquico-democrática que tenemos desde los campos socialistas, según creo, y de esto estarán más enterados en aquellos bancos; pero que, viniendo á la situación monárquico-democrática que tenemos desde los campos socialistas, en vez de contener al Sr. Ministro por los derroteros que toma, lo ha de empujar más y más en ellos, como quien dice, en esta cuestión ultramarina: lo que decía aquel médico de que había Erasmo: *faciamus experimentum in corpore vili*.

Y no creáis, Sres. Diputados, por lo que llevo dicho, no creáis, porque yo defiendo el voto particular del señor Romero Robledo, no creáis que yo soy enemigo de las reformas en las Antillas. Yo sé que vivo en el siglo XIX, yo sé que vivo en medio de la Europa, yo sé que vivo en medio de sus corrientes, yo sé que las Antillas tienen la vecindad de los Estados-Unidos, yo sé que debemos estas garantías y esta satisfacción á nuestros hermanos de Ultramar, y yo sé otra cosa con la cual se salvan las naciones y se salvan los partidos y se salvan los poderes públicos, y sin la que se pierden las naciones y se pierden los poderes públicos, es á saber: que nada hay á veces más conservador que la libertad, como á veces nada hay más favorable á la libertad que una política conservadora. Sin el atrevimiento liberal de Roberto Peel, aquel ilustre apóstata de las clases conservadoras inglesas, la Monarquía inglesa y las clases en que se apoyaba habrían sido arrolladas por la ola creciente de la democracia moderna.

Si algo hubiera podido salvar la restauración en Francia, habría sido la política liberal de Martignac si la restauración hubiera sido leal á esa política. Si algo hubiera podido salvar á doña Isabel II hubiera sido la persistencia en el liberalismo del duque de Tetuan, cuando reconocía el reino de Italia y planteaba la reforma electoral. El conde de Beust, abrazándose con fe, abrazándose con entusiasmo á la libertad después de la batalla de Sodowa, ha evitado la disolución molecular del Austria y acaso la prepara para tomarse una revancha de Prusia en inmediato porvenir. Si algo puede salvar el imperio francés, si algo puede salvar la dinastía napoleónica, es la evolución liberal, francamente liberal y parlamentaria, que con admiración y simpatías universales está realizando en estos momentos el ministerio Ollivier.

Por consecuencia, yo sé que la libertad es eminentemente conservadora, como sé que á veces nada hay más favorable para la libertad como una política conservadora. Sin la moderación, sin la prudencia, sin la sensatez de los revolucionarios ingleses de 1688, la libertad de aquel gran pueblo se hubiera arrastrado de horror en horror, como una bacante, á las plantas de un nuevo Cromwell.

Sin la moderación, sin la prudencia, sin la sensatez del Conde de Cavour, la libertad y la independencia de Italia habrían sufrido un nuevo Calvario en el Quirinal con Garibaldi y Mazzini. Y para hablar de cosas más inmediatas, de cosas que nos atañen más de cerca, de cosas de nuestra Patria, sin la suspensión de las garantías constitucionales decretada por esta Asamblea cuando las dos últimas formidables insurrecciones, sin la energía del señor Conde de Reus, Ministro de la Guerra, del general Prim, y la decisión del Ministro de la Gobernación, señor Sagasta, esta sociedad hubiera sufrido un inmenso naufragio, y la libertad española como naufraga hubiera en el perecido.

Porque la historia me enseña esto, yo como conservador, yo como hombre de antecedentes conservadores, para salvar á las Antillas, quiero reformas liberales en las Antillas: como vosotros, como nosotros, revolucionarios de Setiembre, debemos pensar para salvar la revolución en dar á todas nuestras soluciones políticas el asiento, la levadura y la base de los grandes principios, de los grandes intereses que andan comprometidos en esta sociedad tan agitada y confusa.

Pero dirá el Sr. Ministro de Ultramar: ¿cómo si el señor Navarro y Rodrigo quiere reformas liberales en las Antillas se opone á la Constitución de Puerto-Rico? Porque las quiero con su cuenta y razón, como decía el otro día contestando al Sr. Ministro de Ultramar; porque las quiero con cautela, con prudencia, con madurez, con precaución, con oportunidad; y la Constitución que ha presentado S. S. no obedece á ninguna de estas consideraciones.

Yo creo, Sres. Diputados, que para emitir nuestra opinión en cuestión tan importante, que para no cometer un error, que, como he dicho antes, sería irreparable en las cuestiones de Ultramar, debíamos de estar antes amplios, completa y abundantemente instruidos. ¿Lo estamos? ¿Lo está siquiera la comisión? ¿Lo está al menos el Sr. Ministro de Ultramar? ¿Qué datos ha tenido presentes S. S.? ¿Es la información del tiempo del Sr. Castro? Casi la mayor parte de sus autores están entre los insurrectos. ¿Es el general Serrano? Pues aquí habeis visto que ha confesado noblemente su equivocación, y es público hoy que sus amigos más íntimos, aquellos que le rodeaban en Cuba y á quienes calificaba después de vitoriosos que albergaba en su seno, están entre los insurrectos. ¿Acaso el general Dulce? Recordad cómo pensaba en sus últimos días; recordad cómo calificaba á determinados reformistas de Ultramar, maestros en el innoble arte de la hipocresía, para ocultar entre sus ardientes, entre sus mentidas protestas de adhesión á España, su filibusterismo. ¿Acaso han ilustrado al señor Ministro los individuos que compusieron la junta que improvisadamente formó S. S. á su entrada en el Ministerio? Que respondan los que la compusieron y están aquí; que digan qué fué lo que hicieron, y se verá que no hicieron nada.

(Continuará.)

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.